

ESTUPIDOCRACIA

Nueva teoría de la necesidad colectiva

Marcos Eguiguren Huerta

Prólogo de Toni Aira

©Editorial Gedisa. Edición no venal

gedisa
editorial

© Marcos Eguiguren Huerta
© Del prólogo: Toni Aira

Imagen de Cubierta: Equipo Gedisa

Primera edición: febrero de 2022, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
www.gedisa.com

Preimpresión: Editor Service, S.L.
www.editorservice.net

ISBN: 978-84-18914-23-2
Depósito legal: B 1295-2022

Impreso por Sagrafic

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

Prólogo. <i>Cuidado que el libro muere</i> , de Toni Aira	11
Agradecimientos	17
Un poco de contexto.	19
La estupidez en los últimos siglos	27
Las tendencias y las modas en la actualidad. Los otros «ismos».	45
Información y propaganda. Internet y los medios de comunicación	63
El misterio de las redes sociales	83
Nacionalismos, banderas y otras yerbas	95
Elogio a una palabra: <i>gilipollas</i>	103
La educación en el siglo XXI. ¿Remedio o acelerador de la estupidez?	111
El mundo de las Administraciones Públicas en el siglo de la estupidez.	121
La clase política, o la posesión de la estupidez viral llevada al grado sumo	143

Y en ésas estábamos cuando llegó un virus	161
Epílogo	195
Frases seleccionadas	203

©Editorial Gedisa. Edición no venal

La vida es un cuento narrado por un idiota,
lleno de ruido y furia, que nada significa.

William Shakespeare, *Macbeth*

©Editorial Gedisa. Edición no venal

©Editorial Gedisa. Edición no venal

Prólogo

Cuidado, que el libro muerde

Igual que existe una extendida tendencia estúpida a tocar los perros ajenos cuando alguno por la calle se te acerca y parece que se dirija hacia tí (él o su propietario), es de justicia advertir a quien ponga la mano encima de este libro, que el artefacto bien podría dejarle algún rasguño. Eso, como mínimo. En su amor propio, casi seguro. En su fe en la sociedad, sin duda. Pero todo tiene un sentido. No como lo de acariciar a un can que no conoces.

Quedan advertidos, un poco al estilo de los carteles de «perro peligroso» que cuelgan algunos propietarios en los muros de sus casas. Sepan que si son de los que transitan despreocupados por la vía pública de la vida, ahora, aquí, entran en un territorio donde el autor se mueve sin tapujos y con ganas de hincar el diente a manos absurdamente confiadas o en exceso (e injustificadamente) acostumbradas a recibir lametones de sabuesos o encajadas amistosas de aprobación.

Y es que, este texto que tienen ahora ante ustedes es un libro de furia. Como aquella jornada que vive un gran Michael Douglas en una desasosegadora película de 1993, pero en formato ensayo. Unas páginas, por cierto, que, al igual que este prólogo, pero en mayor medida, están más formuladas en clave de advertencia que no como grito. En absoluto como vómito

lleno de hiel, a pesar de que contiene cantidades importantes de un desahogo de éstos que dejan descansado y sin un gran peso encima a quien se lo da. Pero, como les digo, es sobre todo una seria advertencia. O una advertencia y un texto serios, si lo prefieren, aunque el autor insista en ponerle humor a la cosa, a pesar de todo lo que nos dice, que no es poco.

Defienden los budistas, no sin cierta parte de lógica aplastante, que, para renacer, antes debes de haber muerto. Y este libro puede ayudar a ello con mucho de lo que nos ha acompañado durante décadas de vida. Puede ser una buena pala al servicio de enterrar un marco mental que nos haya podido *estupidizar* (y con nosotros, al prójimo), pero para ello deben estar dispuestos a coger esa pala y no para clavarla en la cabeza del autor o, por impotencia añadida, en la suya propia. Y quizás por aquello de las leyendas (o no) que aseguran que al morir vemos pasar la vida por nuestra mente como si de una película acelerada se tratara, a mí al leer este libro me han venido un montón de películas a la cabeza.

Una, por ejemplo, aquella cinta española de allá por el pleistoceno inferior del siglo xx, que al igual que este libro se presentaba como una gran cacería. La gran diferencia entre el filme y las cacerías con fuego real radicaba en que en esa ficción las víctimas, en vez de pájaros o conejos, eran personas. Como en este libro. La película se titulaba *¡To er mundo e güeno!* (Manuel Summers, 1982). Iba de cámaras ocultas. Por aquello de pillar a las víctimas propiciatorias en su hábitat sin que los condicionara la sensación de ser observados. Para que se mostraran tal como son y tal como reaccionan ante lo inesperado. Háganse esa autoobservación ustedes mismos, leyendo este libro. A ver si les hace gracia lo que les provoca, o todo lo contrario.

Otra película que me vino a la cabeza al leer estas páginas, cuando su autor tuvo a bien de avanzármelas para que pudiera redactar este entrante, fue aquella británica, también muy pop en su momento, que nos hizo pillar tantas ganas de ir a unas cuantas bodas como de no hacerlo a la nuestra propia. Aquélla gran *Four Weddings and a Funeral* (Mike Newell, 1994), con los entrañables Hugh Grant y Andy McDowell de protagonis-

tas, tenía en su banda sonora un tema que triunfó en las listas de la época: *Love Is All Around*, del grupo Wet Wet Wet. Pues eso, que leyendo este libro de Eguiguren, fácilmente llegas a la conclusión de que el amor no es lo único que está por todas partes. La estupidez humana parece irle a la zaga. Y el autor nos lo espeta sin contemplaciones, en gran parte por provocar, y se nota, pero de la misma manera como también se entiende fácil que lo hace, que nos busca, se capta que lo hace con sentido. Esto último, si no somos demasiado sentidos u ofendidos por vocación.

El libro provoca porque desafía, pero lo hace muy especialmente con una tipología de pensamiento autocomplaciente que, *per se*, sin argumentos que lo avalen, no tiene sentido. ¿Que queremos ser como el joven intelectual Rutger Bregman y reivindicarnos como titula su último libro, *Dignos de ser humanos* (2019)? Pues como él en su ensayo, nos lo tendremos que currar a fondo. Porque el examen del profesor Eguiguren, si no, no lo pasaremos fácilmente. Con la presunción de bondad como premisa, sin más, no nos valdrá. Me quedó claro mientras leía estas páginas en la misma circunstancia en que había devorado semanas antes el ensayo del historiador de los Países Bajos: en el tren.

Ahí, encerrado durante tres horas con una serie de gente a la que no conoces de nada y que en más de un caso celebras que al llegar al destino, si todo va bien, no vuelvas a ver probablemente nunca. En ese contexto, leyendo a Bregman te entran ganas de relativizar todo lo desagradable que, de buenas a primeras, se identifica en el comportamiento del vecino ocasional. En contraste, la estupidez sistémica que Eguiguren describe en este libro que ahora está en ciernes de arrancar tiene la culpa de reafirmarme en ese sentimiento de rechazo que por cuestiones de trabajo experimento dos veces por semana, en trayecto de ida y vuelta sobre raíl, de Barcelona a Madrid.

Les pongo en situación. En el vagón hay 23 asientos y rara es la ocasión en la que no hay un par o tres de personajes que te dan el viaje. O porque el individuo en cuestión no parece conocer la existencia de cascos y se libra sin más a escuchar audios de familia, amigos y conocidos a todo volumen y en di-

fusión universal para el convoy. O porque no se da por aludido con los cómodos asientos (hasta con enchufe para cargar el móvil) que en los pasillos del tren nos vienen a recordar que en el vagón no deberíamos mantener conversaciones telefónicas que se tengan que tragar nuestros vecinos de asiento. O porque el viaje lo hace una persona acompañada por alguien a quien tiene tanto que explicar (y a tal volumen), que tres horas de trayecto sin callar se quedan cortas y una persona sola escuchándola también le debe parecer escasa, ya que obliga al resto a formar parte de esa charla, por absurda que sea.

Añadan a estos supuestos (basados en hechos reales), tantos como quieran y, antes de entrar en materia con el libro que tienen entre manos, sean advertidos de que los individuos que provocan situaciones como éstas confirman la «nueva teoría de la necesidad colectiva» que Eguiguren expone, con una sonrisa pero a la vez sin paños calientes. No estamos solos cuando pensamos que hay gente absurda que convierte en absurdo también el mundo que compartimos. Pero, ¿es así o fue al revés? En todo caso, es y debería poderse verbalizar.

Y ahí es cuando la ira contenida y la impotencia que, sin duda, en parte han llevado al autor a escribir este libro catártico ya han cumplido un primer objetivo (quizás no planteado en origen): la publicación de un manuscrito clave para romper con la espiral del silencio que nos dice que estos pensamientos son cosas de amargados, de intransigentes o de fans del obsesivo orden de Marie Kondo en un mundo irremediamente caótico y librado a las pasiones desbocadas, al estilo de lo que nos describe el tablón central de ese gran *Jardín de las delicias* de El Bosco, que es bello pero que acaba fatal.

Muchos han llegado a la ingenua conclusión de que ciertos comportamientos antisociales y anticonvivencia (por irrespetuosos con uno mismo y con el vecino) son propios de quienes ejercen su libertad individual y de quienes son «auténticos» al actuar en consecuencia. «Piensen eso si quieren, pero no lo hagan con absolución adjunta ni sin llevar su mente, al instante» (*La conjura de los necios*, John Kennedy Toole, 1981). Porque cerrar los ojos a la evidencia es una forma de autoengaño que penaliza individual y colectivamente. Y eso, en un siglo XXI

en el que la hipervisibilidad nos pone a todos bajo la lupa colectiva, son ganas de echar un (es)tupido velo sobre lo que nos desagrada de Nosotros (así, en mayúsculas, referido a todos). Eguiguren no contemporiza con esta política de esconder la roña bajo la alfombra.

Dice el autor que en un mundo con tanta tecnología y con una creciente capacidad para la vigilancia, la libertad radica en no dejarse ver. En ese «lo que el ojo no ve» se esconde mucho de lo que campa a sus anchas para condicionar nuestra libertad real. Ya lo entenderán cuando lean el libro. Pero estas reflexiones de Eguiguren sobre el terapéutico efecto de la invisibilidad me traían a la mente (aquí en formato serie) lo que también pensaba, antes de convertirse en una estrella del pop, el Papa Pío XIII que interpretaba magistralmente Jude Law en *The Young Pope* (2016). La vida. Contradicciones de entre las muchas que nos acompañan a diario, también seguramente en este libro, donde el autor parece que tiene, de forma clara, poca fe en la humanidad, pero acaba escribiendo un texto con pasión para intentar disuadirnos de esa deriva colectiva al desastre. Quizás porque más que temerlo, se rebela contra ello.

El mítico periodista Bob Woodward escribió en 2018 un libro que llevaba por título una sola palabra: *Miedo*. Va quizás con los tiempos. Demasiado a menudo, vivimos más atemorizados que ilusionados por la época que nos ha tocado vivir. Hemos comprado el relato de que viviremos peor que nuestros padres y abuelos, cuando eso ahora ya no es así. Y con ese estado de ánimo temeroso, incrustado en nuestras mentes por cierto pensamiento único, hasta hemos provocado una *tecnofobia* que nos asemeja a los *luditas* del siglo XIX. Ellos cargaban contra la tecnología que hizo posible la Revolución Industrial. Nosotros, cargamos toda la responsabilidad de lo malo que nos pasa sobre las nuevas tecnologías y sus efectos perniciosos, como si la película y los que ahí disparan el gatillo no fuéramos nosotros.

Este proceder, igual que este ensayo, uno de éstos que te cogen por las solapas y te sacuden para que reacciones, de entrada nos dibuja una realidad incómoda que nos puede llevar a la parálisis autonegadora o al relativismo. Por el contrario, tam-

bién nos puede interpelar a la acción, por tanto, a hacer alguna cosa para que lo que nos perturba tenga opciones de caducar. Con miedo eso no se hace. Ni el problema está en quien nos lo señala.

Miedo me das, le habrán dicho a Eguiguren en más de una ocasión. Pero el miedo no lo provoca él sino lo que nos muestra sin tapujos, por ejemplo en este libro. Y les diría que el autor no deja títere con cabeza, de no ser porque, tal y como nos demuestra en este texto suyo pensado para compartir enfado y conocimiento, quien se deja transformar en títere hace tiempo que perdió la testa.

Toni Aira

Periodista y profesor de la UPF
Barcelona School of Management

Agradecimientos

Ningún libro pertenece por completo a su autor porque éste, sin el influjo de su entorno y de todo aquello que le rodea sería incapaz de escribir una sola línea. Esta afirmación es todavía más cierta cuando nos referimos a una obra como ésta que es un ensayo sarcástico sobre la sociedad actual a quien debo dirigir mi primer y más sincero agradecimiento por permitirme observarla durante tantos y tantos años hasta que me he atrevido finalmente a transcribir algunas de mis reflexiones en papel.

Ese agradecimiento a la sociedad actual debo hacerlo extensivo a usted, querido lector, a título individual, por sentirse atraído hacia *Estupidocracia*, aun a sabiendas de que, dado el carácter iconoclasta de la obra, es posible que forme parte usted de alguno de los muchos colectivos que, según se desgrana en las páginas siguientes, haya sido poseído por la estupidez sistémica y que se describen en esta obra. Su apertura mental, su carácter deportivo y su sentido del humor son dignos de elogio.

Muchos amigos y colegas han leído versiones iniciales de este manuscrito y han sugerido mejoras y aportado anécdotas que podrían enriquecerlo. A todos ellos mi reconocimiento y mi gratitud porque, a pesar del atrevimiento de la obra, siguen considerándose amigos míos. Me disculparán si no los cito por su nombre y apellidos, son bastantes, y les aseguro que preferirán seguir en el anonimato y que no se conozca que fueron cómplices, aunque fuera con sus consejos y sugerencias, de un libro tan punzante.

El equipo de Gedisa es, sin duda, parte de la historia de este libro. Sin su comprensión, valentía y arrojo, este libro no habría visto la luz. El debate con un editor forma siempre parte del recorrido vital de cualquier obra. Una comunicación con el autor sin trampa ni cartón, haciéndole ver las lagunas del manuscrito original y apuntando hacia aquellas áreas que requieren de un trabajo más afinado, enfrentando al autor con las debilidades de su obra y animándole, a pesar de todo, a seguir adelante. Una labor encomiable e insustituible. Gracias a todo el equipo por ello.

Y, por último, cómo no, un profundo agradecimiento a mi familia más íntima. Como suele decir Ana, el contenido de este libro no ha sido una gran sorpresa para ninguno de ellos y, desde luego, no para ella en particular. Ya llevan muchos años escuchando mis reflexiones sobre la sociedad en la que vivimos y, por qué no decirlo, escuchándome despotricar en alguna que otra ocasión, acerca de algún episodio concreto al que, como ciudadanos, solemos asistir con perplejidad e impotencia. Lo que sí ha sido una sorpresa para todos ellos es que finalmente me decidiera a escribir esta obra y que, a pesar de la crudeza de los temas tratados, haya conseguido arrancarles una sonrisa.

El autor
Barcelona, diciembre de 2021

Un poco de contexto

Hace mucho tiempo que opino que el mundo avanza a pasos agigantados hacia una situación para la que he recuperado el término «estupidez sistémica» que algunos autores ya utilizaron hace unos años, aunque con un enfoque algo distinto del que encontrará usted en este libro. No se preocupe demasiado ahora por encontrar la definición exacta de ese término puesto que, a medida que vaya devorando páginas, empezará a hacerse una idea clara de cuál es mi «nueva teoría de la necesidad colectiva» y a qué me refiero cuando hablo de la «estupidez sistémica».

En el fondo, las páginas que tiene ante sí son fruto de la impotencia o, si lo prefiere, de la ira contenida y la debilidad que te posee cuando te das cuenta en realidad de lo que ocurre a tu alrededor y de que puedes hacer poco por mejorar las cosas, por lo menos desde un punto de vista sistémico. Escribirlas es un intento como otro de seguir operativo como ser pensante sin causar daño a nadie en un mundo en el que el pensamiento crítico, en mayúsculas, brilla por su ausencia. La claridad, descarnada en ocasiones, y el tono satírico empleado en esta obra, como empezará a hacerse evidente en los párrafos siguientes, no tienen otro objetivo que atraer su atención y llamarle a la reflexión. Le ruego sea paciente si, en algunos casos, la sátira puede herir su sensibilidad.

Le aseguro que creo que aquellas personas que mantienen un pensamiento crítico, de veras lúcido e independiente, basa-

do en el empirismo y la observación profunda de los hechos, acerca de todo lo que ocurre a nuestro alrededor, a pesar de los pocos incentivos que, para ello, ofrece nuestra sociedad, merecen un reconocimiento muy especial que habitualmente, por desgracia, no suelen conseguir.

Jamás he sido demasiado religioso, aunque, lo confieso, en ocasiones me gustaría serlo. Tener Fe, pensar que hay algo más allá, creer en otra vida... Debo reconocer que tiene que generar cierta tranquilidad de espíritu y, he de serle sincero, envidia a las personas que poseen sólidas creencias religiosas. Estoy seguro de que son mucho más capaces de sobrellevar determinadas situaciones y de relativizar las cosas que el resto de los mortales.

Situándome en ese paradigma religioso, no paro de cuestionarme cómo deben de ser conceptos como el paraíso. Tal vez un lugar fantástico, donde se respira total felicidad, donde nadie debe esforzarse para vivir —probablemente porque tampoco esté uno vivo en el sentido puramente humano del término—, debe reinar un clima estupendo, sus moradores disponen de cantidades ilimitadas de cerveza, se disfruta de un sexo amoroso y desenfadado y las paellas y otros manjares han roto todas las escalas de estrellas Michelin.

Sin embargo, esos pensamientos simplistas son los que me hacen recordar mi propia condición de estúpido irredento profundamente inherente a la condición humana y de la que, ni usted, estimado lector, ni yo mismo, podemos escapar con facilidad.

A ver. ¿No nos habían enseñado de pequeños que son las almas de los no pecadores las que van al paraíso? Si eso es así, ¿cómo puedo definir el susodicho paraíso en términos tan asquerosamente terrenales?

¿Usted ha visto alguna vez un alma? Me juego un dedo a que no. ¿Quiere eso decir que no existan las almas? En absoluto, tal vez sí existan, pero me juego otro dedo a que un alma no debe ser nada similar a nuestra figura terrenal y, si eso es así, ¿qué demonios pinta un alma echándose una siestecita al sol, fornicando o poniéndose ciega a cervezas? Imagínese a un ectoplasma, a un plasma o a lo que sea que sea un alma haciendo esa serie de cosas... No cuela, ¿verdad?

Por eso, el paraíso debe ser algo diferente que no sabemos comprender. Tal vez algo más cercano a un espacio que acoge al pensamiento y a la esencia de los seres que pasamos a mejor vida, aunque me consta que algunos autores van más allá en sus elucubraciones. Tal vez el paraíso sea como un *Think Tank*¹ de esos tan afamados en nuestra sociedad posmoderna —lo que ciertamente me haría dudar de la bondad de aspirar al tal paraíso—. Pero, permítanme que no me meta en este tedioso debate y me quede con esta hipótesis: que el paraíso acoge a la esencia de los seres, a su pensamiento.

La segunda cuestión que afecta al tal paraíso es quién tiene derecho a morar en él. Se dice que las personas buenas, las que no han pecado, aunque eso me parece prácticamente imposible. O aquéllas que, habiendo pecado, se han confesado debidamente y han pagado una penitencia por sus errores. En fin, no sé muy bien cuál de esas opciones será la cierta, pero lo suyo sería que al paraíso fueran las almas de gente que verdaderamente ha hecho cosas singulares y difíciles en el tiempo en el que les tocó vivir, gente que hubiera contribuido a cambiar las cosas para bien y de manera radical.

Imagínese por un instante que existiera una especie de paraíso VIP, en clave *Think Tank* con servicios especiales y tarjeta platino para aquéllos que, pese a poder haber sido un poco carboncetes en su día a día, hubieran contribuido en positivo a reformar la manera de ver el mundo.

Imagínese ese paraíso VIP con las mentes más preclaras, y seguramente incomprendidas que el mundo ha dado. El *paraíso de los librepensadores*.

En él seguramente encontraríamos nombres que han estado detrás de la inspiración del libro que tiene entre sus manos. Nombres como Erasmo de Rotterdam, Galileo Galilei, Carlo Cipolla, John Stuart Mill, Ray Bradbury, Hanna Arendt, Geor-

1. Entendemos como *Think Tank*, un laboratorio de ideas, institutos de investigación, pensamiento o reflexión. Son grupos de expertos, normalmente sin ánimo de lucro. Se suelen caracterizar por estar vinculados a determinadas orientaciones ideológicas, aunque su adscripción a las mismas puede ser más o menos evidente.

ge Orwell, Ayn Rand, Aldous Huxley, Jonathan Swift, Adam Smith y otros muchos, también personas de a pie, como usted o como yo.

Pero tampoco me gustaría ser demasiado purista. Es posible que alguno de los moradores de este especial paraíso no fuera en vida precisamente una hermanita de la caridad. Imagínese el caso de Galileo Galilei (1564-1642). Tal vez el hombre era un tipo normalito o hasta un poco borde que, cuando no le miraba nadie, no recogía las cacas de su perro, que le tiraba los trastos a la vecina o que sisaba en la tienda del barrio de vez en cuando. Como supondrá, jamás conocí al eminente hombre del Renacimiento y no puedo asegurar nada sobre su carácter y su vida personal pero la historia nos recuerda que, en su tiempo, siglos XVI y XVII, consiguió demostrar, entre otros logros científicos, que la Tierra giraba alrededor del Sol.

No se ría, que a usted ahora eso le parece obvio, pero en la época del tal Galileo, defender esa idea era ir totalmente contracorriente, arriesgarse a ser tachado de hereje y a sufrir el total desprecio de los bienpensantes de la época y del resto de la aborregada sociedad del momento que, como a lo largo de todos los siglos de la historia de la humanidad, suele aliarse, totalmente abotargada, con los que cortan el bacalao para que las cosas nunca cambien en demasía.

Hoy en día, gracias a sus muy diversas contribuciones a la ciencia, Galileo es considerado como el padre de la física y la astronomía moderna.² Sin embargo, el matemático y astrónomo italiano pasó una buena parte de su vida bajo arresto domiciliario por defender una teoría en aquellos momentos arriesgada. Desde una perspectiva científica multidisciplinar y holística, que la Tierra y otros planetas, giraban alrededor del

2. El reconocimiento actual a la figura de Galileo es innegable. A título de ejemplo, ha dado nombre a Galileo, el sistema europeo de radionavegación y posicionamiento por satélite desarrollado por la Unión Europea a través de la Agencia Espacial Europea, o dio también nombre a la misión espacial Galileo, misión de la NASA al planeta Júpiter que se llevó a cabo entre 1989 y 2003 y que constaba de un orbitador y una sonda que han permitido conocer mejor las características del planeta gigante de nuestro sistema solar.

Sol. Es decir, el heliocentrismo. La mayor parte de sus coetáneos, que defendían el geocentrismo, es decir, que el universo giraba alrededor de la tierra lo despreció y lo expulsó de la sociedad.

Partiendo de la base de que todos y cada uno de los seres humanos tiene ciertas dosis de estupidez, quiero pensar que individuos como Galileo estaban infectados por dosis mucho más bajas que la gente de su tiempo y eso es lo que le hacía defender ideas sorprendentes entonces y que, a la postre, fueron revolucionarias. De hecho, sus logros, incluyendo la mejora del telescopio o la primera Ley del movimiento, fueron determinantes para la Revolución de Copérnico o las Leyes de Newton.

¿Quiénes eran más estúpidos? ¿Los que defendían el geocentrismo o Galileo, que se vio denostado y humillado en su tiempo por defender lo contrario? Quiero pensar que en alguno de los juicios que sufrió a manos de la Inquisición, Galileo espetó a sus jueces: «Ustedes dirán y me harán lo que quieran, pero la historia me dará la razón porque la realidad, es que la Tierra gira alrededor del Sol».

Hoy todos sabemos que aquella voz incomprendida y despreciada en su tiempo, tenía razón. Por mucho que dijeran la mayoría, las élites y la plebe, la Tierra gira alrededor del Sol y no al revés. Es muy difícil sostener creencias y sobre todo dudas, contracorriente. Es muy difícil ser un libre pensador que consigue aislarse de la propaganda y del ruido del entorno para aportar una visión distinta y, en ocasiones, incómoda, sobre las cosas. Esas personas se arriesgan a afrontar la *estupidez sistémica* reinante en todas las épocas que en el mundo han sido y a verse rechazados por la masa. Esas personas o, mejor dicho, las *almas* de las mismas tienen, a mi juicio, el derecho de disfrutar de ese preciado paraíso VIP.

Otro de los posibles moradores de ese paraíso debe ser, sin duda, Erasmo de Rotterdam (1466-1536). El teólogo y pensador renacentista escribió *Elogio de la Estupidez*, la famosa obra satírica en la que osó dar caña, desde luego con mucha elegancia, a la mayoría de las clases privilegiadas de su época, los abusos de la doctrina católica, el dogmatismo escolástico, las prácticas corruptas y los vicios de la sociedad. A pesar de

ello se las arregló para que se metieran con él sólo lo justito y encima, para lo que eran aquellos tiempos, consiguió que su libro fuera una especie de *best seller*. Ya me gustaría a mí parecerme, aunque fuera en el blanco de los ojos, al humanista holandés.

La función principal de la obra que tiene entre sus manos es hacerle reflexionar y, si tiene usted cierto espíritu deportivo y no le importa que me meta con ciertos mantras, arrancándole, además, una sonrisa. En cualquier caso, no se preocupe, si el libro no cumple su función de hacerle reflexionar y acaba usted tirándose a mi yugular para tildarme de hereje o apóstata del posmodernismo, estoy preparado para ello. Probablemente, si eso ocurre como imagino, será en parte gentileza de la omnipresencia de las redes sociales, magníficos aceleradores de la estupidez humana e incitadores del tribalismo más obscuro, y de la creciente propensión a consumir bazofia cultural por parte del respetable, y a leer poquito, poquito, y sólo textos sencillos y cortos, porque la tiranía de las pantallas ha contribuido a la regresión imparable de nuestras mentes que, en cuanto a capacidad de concentración y de comprensión de la complejidad se asemeja, cada vez más peligrosamente, a la de los peces. Nos referiremos a esos fenómenos más adelante en esta misma obra.

Por cierto, el párrafo anterior es un test para usted. Si ha tenido que leerlo un par de veces para comprenderlo en toda su dimensión, entenderá perfectamente a qué me refiero y, desde luego sería una clara señal de que debería usted empezar a cuestionarse sus costumbres lectoras.

Pero, me estoy desviando. Volvamos a Erasmo de Rotterdam, considerado uno de los más grandes humanistas de todos los tiempos. Aquel hombre sí que era un verdadero «lumbre-
ras» capaz de escribir en latín y griego —entre otras lenguas— y jugar con los significados más profundos de palabras concretas en lenguas diferentes. Fíjense si el hombre era potente que, en la primera parte de su libro *Elogio de la Estupidez*, la estupidez se presenta a sí misma como si de un personaje se tratara, y se acaba convirtiendo en una especie de tercera persona, de narradora de la propia obra.

No puedo ni siquiera intentar igualar la capacidad de Erasmo para introducir figuras y giros literarios, así que me permitiré que haga algo más sencillo y que, para continuar con la lectura de este libro, simplemente incorpore, a título descriptivo, algunas definiciones de contexto relevantes.

Según el diccionario de la Real Academia Española, una de las acepciones de la palabra *estúpido*, es «necio, falto de inteligencia». Podríamos, por tanto, deducir que, cuando hablamos de *estupidez*, nos referimos a la *necedad*, la *tontería*, o a la *estulticia*. Otras fuentes nos hablan de términos como *tonto*, *estúpido* y *necio*, como adjetivos en español, para luego desmelanarse con una ristra de palabras algo más groseras, que vienen a significar más o menos lo mismo, en diferentes partes del mundo de habla hispana. Prometo, para disfrute del lector, utilizar alguna de ellas, con cierta mesura, en algunos momentos de este libro.

Ahora que tenemos bien asentado a qué nos referimos cuando hablamos de *estupidez*, nos queda centrarnos en una segunda palabra clave para comprender en profundidad el enfoque de este libro. El término *sistémico*. No olviden que la obra pretende arrojar cierta luz al concepto de *estupidez sistémica*.

Un *sistema* se puede definir como «un objeto complejo cuyas partes o componentes se relacionan con al menos alguno de los demás componentes» y puede ser material o conceptual. Entre otras definiciones, la Real Academia Española se refiere a un «conjunto de cosas que relacionadas entre sí ordenadamente contribuyen a determinado objeto».

Lógicamente, la palabra *sistémico* o *sistémica*, se refiere a algo referente al sistema. Concretamente la Real Academia Española la define como «perteneciente o relativo a la totalidad de un sistema; general, por oposición a local».

Después de esta breve incursión en el sesudo mundo académico creo que estamos ya en disposición de volver al tono desenfadado que pretendo que domine este panfleto. En algunos momentos de este libro pretendemos echarnos unas risas a cuenta de la absoluta necedad y estupidez solemne que ha contaminado nuestros sistemas y nuestra sociedad. Desde el punto de vista sociológico, podemos calificar, por ejemplo, a

un comportamiento, como *sistémico* cuando va más allá de los casos individuales, se transforma en algo suficientemente generalizado y cuando las propias estructuras y normas de funcionamiento del sistema amparan y magnifican tal comportamiento.

Llegado a este punto, no hace falta que se estruje los sesos para que se imagine de qué van a ir el resto de las páginas. Prepárese a pasear por unos escenarios que, si no fuera por lo preocupante de las posibles consecuencias a medio plazo de la creciente *estupidez sistémica*, serían tan desternillantes como una película de los Hermanos Marx, los famosos cómicos estadounidenses.

Hablaremos de la estupidez en los últimos dos siglos, de la aceleración de la misma en las primeras dos décadas de nuestro siglo XXI, de los tribalismos y las redes sociales, de la propaganda, los medios de comunicación, las tendencias y las modas. Seguro que le interesa saber que repasaremos algunos «ismos» de pro, como el fascismo, el comunismo, el machismo o el feminismo. Es posible que hablemos de la educación como un antídoto contra *la estupidez sistémica* —o, depende de cómo se mire, como un acelerador de la misma—. Nada sería completo sin un repaso al papel del Estado, los políticos, la legislación y la burocracia (o, si lo prefiere, los burócratas) en esta época de *buenismo* compulsivo. Y, ya que estamos en unos tiempos especialmente víricos, si se atreve usted a llegar tan lejos en la lectura de estas páginas, le pediré que reflexione sobre su grado de estupidez personal alrededor de las fantásticas vivencias que nos está dejando la pandemia que nos ha tocado sufrir.

En tan sólo 20 años el siglo XXI ha dado suficientes muestras de que no nos equivocaremos demasiado si lo etiquetamos ya como *la era de la estupidez*. Dirá usted que soy pesimista y que queda muchísima parte de siglo por delante, que igual la cosa cambia. Ojalá lleve usted razón y tenga que retractarme. Lo único que tengo absolutamente claro es que no sé si habrá cura para el virus de la estupidez, pero lo que sí le aseguro es que es tremendamente contagioso.